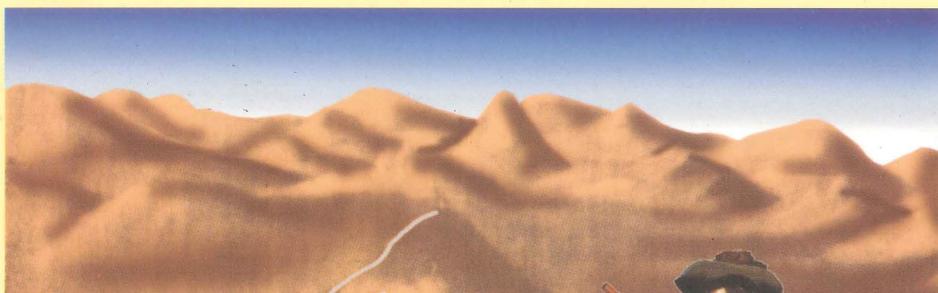


América bajo los Austrias: economía, cultura y sociedad

Héctor Noejovich Ch. | Editor



Capítulo 7



50° Congreso Internacional de Americanistas
Varsovia, Polonia - 2000



Pontificia Universidad Católica del Perú | Fondo Editorial 2001

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú
Plaza Francia 1164, Cercado, Lima-Perú
Teléfonos 330-7410 - 330-7411

América bajo los Austrias: economía, cultura y sociedad
Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio,
total o parcialmetne, sin premiso expreso de los editores.

Derechos reservados

Impreso en Perú - Printed in Peru
Primera edición: noviembre de 2001
ISBN: 9972-42-447-2
Depósito Legal: 1501052001-4328

La cruz y la espada

vigilancia en las márgenes del Imperio

Guy Rozat Dupeyron
INAH, Veracruz, México

En los confines de ese imperio de los Austrias sobre el cual el sol jamás se acuesta, unos cuantos hombres combaten y vigilan. Tocando las misteriosas puertas de China o del reacio Cipango, intentando evangelizar bárbaros del septentrión novohispano y de la Patagonia, o reconquistar territorios perdidos en la Europa del norte, esos vigilantes jesuitas, franciscanos, dominicos o de cualquier obediencia, no descansan ni de día ni de noche, conscientes de que la lucha que pelean es total, sin cuartel, contra el maligno y si tienen que morir, jubilosos, ofrecen sus vidas por la más grande gloria de Dios y de su majestad católica.

De esas centenas de personajes que trabajaron por el engrandecimiento del imperio español y su mantenimiento, la historia ha conservado sólo la memoria de algunos. Suertudos son los que pudieron dejar un testimonio escrito sobre su estancia en esos confines, la historia sigue mencionado sus nombres. El padre Pérez de Ribas S.J. perteneció algún tiempo a ese cuerpo selecto de los guardianes de los límites del imperio, y si después de sus años mozos transcurridos en la frontera evangelizando bárbaros americanos fue destinado a funciones más altas en la Compañía, su testimonio, una voluminosa crónica, nos permite entender un poco sobre lo que fue la vida y las esperanzas de esos forjadores de imperios¹.

1. La gran lucha de la milicia de Cristo. Dios y el diablo, el jesuita y el indio

El padre Pérez de Ribas se presenta a sí mismo como el evangelizador de los feroces yaquis, y con esa tarjeta de presentación, pudiéramos pensar que en el relato de su crónica tendríamos suficiente información como para nutrir una buena etnografía de esos indios, particularmente famosos en la antropología mexicana. El problema es que fuera de algunos datos generales muy escuetos, no sabremos mucho de sus evangelizados. Pensamos que esa «ausencia» y esa decepción que podemos sentir al leer su testimonio

¹ PÉREZ DE RIBAS, Andrés S.J., *Historia de los Triumphos de Nuestra Santa Fe entre gentes las más bárbaras y fieras del nuevo orbe*. Madrid: 1645, 764 p.

proviene, no de algo que le falló al jesuita, sino de un error contemporáneo, un error de juicio muy nuestro. Somos nosotros los que nos interesamos en los indios, o por lo menos, es lo que pretendemos y proclamamos, sin explicitar mucho a veces las ambigüedades de ese amor por el indio. El jesuita, mucho más coherente en su proyecto, no se interesa realmente en ellos, no se interesa en su cultura, en los componentes de su alteridad, sino al contrario, concibe su tarea evangelizadora como una homogeneización, la destrucción de todo elemento autóctono, para introducir a sus ovejas al término del proceso de evangelización a unos valores e identidades cristianas universales. En ese sentido, el evangelizador solo ve a los indios como proyecto, como futuras mieses de algo que aún no es, y que solamente con la evangelización y el bautizo éstos toman nombre, existen realmente, lo anterior es demoníaco y «el indio» pertenece al demonio como el niño antes del bautizo.

Es por eso que estos evangelizadores están conscientes de que no luchan solamente contra bárbaros, sino que luchan contra huestes demoníacas, y Pérez de Ribas miembro de la milicia de Cristo, está convencido de participar en la gran lucha cósmica del mal contra el bien, y que nada se hace sin que Dios lo quiera. Si a cada éxito de los evangelizadores o de los militares españoles el texto reconoce que todo se debe a la voluntad de Dios, no se trata de ninguna fórmula retórica, ellos se sienten realmente en el centro de ese combate contra el enemigo del género humano. Esa presencia diabólica es tal en ese lejano norte que en cada página de la crónica aparece esa figura, a tal punto, que parecería que es ella la que organiza el discurso del padre jesuita. Y no es en un Congreso de Americanistas donde se deba recordar que José de Acosta, otro eminente jesuita, casi su contemporáneo, escribió varias decenas de páginas, todo el Libro Quinto para explicar cómo el demonio expulsado por la universal evangelización de los apóstoles y sus seguidores se habían refugiado y apoderado de América, y por lo tanto, escondió durante siglos ese continente y reinó sin competencia, de manera absoluta y tiránica sobre los infelices indios².

En ningún momento veremos al texto intentar exponernos la complejidad cultural e histórica de la alteridad de esos otros, que se va encontrando el autor en su trabajo de redacción de la memoria jesuita, cómo hubiera podido transmitir por escrito a sus lectores los detalles de los embustes diabólicos para engañar a los indios y mantenerlos en la barbarie, eso forma parte de lo indecible.

Un imperio cristiano

Para él está claro que solamente la desaparición de todas estas alteridades repugnantes y diabólicas permitirá augurar que los misioneros lograrán construir su parte de lo que se espera será un imperio universal cristiano. Desarrollar ese tema sería el pretexto para disquisiciones eternas, sobre el fundamento forzosamente milenarista de la

² DE ACOSTA, Joseph, *Historia natural y moral de las Indias...* México: Fondo de Cultura Económica, 1940, Libro V, pp. 217-279.

evangelización americana, por eso mejor aquí lo dejamos, llamando a testificar solo al padre Sahagún cuando reconoce ya a fines del siglo XVI que había una contradicción fundamental entre el antiguo mundo indio y la construcción de un imperio cristiano:

«Necesario fue destruir todas las cosas idolátricas y todos los edificios idolátricos y aún las costumbres de la república que estaban mezclados con ritos de idolatría y acompañadas de ceremonia idolátricas lo cual había casi en todas las costumbres que tenían en la república con que se regía, y por esta causa fue necesario desbaratarlo todo y ponerles de otra manera de policía....»³.

2. *Un espacio moral más que geográfico*

En el siglo XVIII la tierra de las misiones jesuitas de Nueva España es tierra de confines, tierra de fin del mundo, de disolución de lo conocible. Allí todas las categorías más seguras de la existencia occidental no parecen tener prisa sobre lo real, el más allá, es un lugar vacío, indecible, «un hoyo negro», y para rellenarlo, Occidente pone allí todavía en este siglo XVII, las tierras extrañas donde viven los seres fabulosos de la mitología medieval, heredada de los antiguos grecolatinos.

El más allá del norte, intuye el Padre Pérez de Ribas, es la tierra donde América se confunde con las periferias asiáticas, espacio de nada y de nadie, abierto y vacío, donde los hombres pueden pasar libremente de uno al otro. La hipótesis de ese paso no debe ser interpretada sólo como una inteligencia geográfica propia de Pérez de Ribas sino más bien como una consecuencia de la forma en como los occidentales de esa época concebían, ordenaban y relataban el espacio. Probablemente están ahí al acecho los feroces pueblos de Gog y Magog, que irrumpirán cuando los tiempos se acerquen a su fin, proximidad evidente si se considera la ferocidad de los bárbaros del septentrión novohispano, sus primos.

Para los soldados de Cristo esta tierra sin fin, es como una aspiradora que los lleva cada día más lejos del mundo conocido, del mundo cristiano, volviendo más endeble esa relación. Pero esa soledad los acerca a Dios, en la indefinición posible donde la criatura desaparece en la acción evangélica, sublimándose en la fusión con el creador. Esta atracción hacia el norte, esa disolución en el vacío provoca en algunos misioneros como una especie de jubileo místico que aspira a vivir esta aniquilación/sublimación del ser.

A medida que se pierden de la vista y después del recuerdo los marcadores de la civilización; campos cultivados, ciudades, rutas y caminos, etc., más grandes se alzan los soldados de Cristo. Pero no están solos, sobre la espalda de estos hombres angustiados del siglo XVII, sin rumbo ni mapas, se posa la mano de la divina Providencia que indica el camino que ha de ser seguido. En estos soldados, aislados en un espacio sin sentido, el trabajo de disolución del ser está probablemente en acción y fascina a

³ Cita de SAHAGUN en MORENO TOSCANO, Alejandra. «El siglo de la Conquista» en *Historia de México*, T.I México: Colmex, 1982, p. 51.

muchas de sus víctimas. Desaparece el hombre de carne y hueso y el hombre espiritual fundido en el conocimiento de Dios, puede afrontar peligros y privaciones sin titubear. Esto explica, tal vez en parte la constancia y la santa necesidad de estos varones que consagran su vida a la evangelización de los confines, así como también la seguridad con la cual, sin ninguna vacilación, destruyen costumbres y prácticas indígenas, desplazan poblaciones, mandan castigar a veces incluso con la muerte, a individuos o grupos enteros.

3. *El jesuita frente al desierto*

En el relato de Pérez de Ribas el escenario de la hazaña misionera no parece ordenarse según la lógica de un espacio real, geográfico diríamos hoy, sino como un espacio moral y simbólico, construido alrededor de la oposición paraíso-infierno. Por eso son tan marcadas las oposiciones entre las descripciones frescas y coloridas de tipo paradisíaco de Sinaloa donde reina la paz cristiana en los primeros establecimientos españoles, y los riscos y quebradas, secos, hostiles y desérticos, donde se refugian los renegados y donde los brujos y nigromantes bárbaros siguen aferrados a rendir tributo a los demonios.

A «los valles amenos y poblados de la costa o de los esteros, donde chopos y álamos componen frescas alamedas, donde festejan codornices, tórtolas, faisanes, grullas, papagayos, patos, anates, sin olvidar todo tipo de pescados, lizas, robalos...», se oponen los desiertos llenos de peligros y de bestias salvajes, ya fuera el desierto de la imagen clásica bíblica, seco y pedregoso, como las «tierras llanas, cubiertas de selvas a veces impenetrables donde abundan animales feroces». En las descripciones paradisíacas tal vez deberíamos ver más que recuerdos gratos o una marca de cariño hacia el teatro de sus hazañas en sus años mozos, más bien la recuperación retórica de esos «lugares comunes» heredados de la Edad Media y la Antigüedad grecolatina. Al espacio paradisíaco y fecundo del paraíso que manifiesta la dulzura y la bondad paternal del creador se opone la malicia seca, arisca, y estéril del demonio que tiene estas tierras bajo su imperio.

El desierto no es sólo una tierra vacía de la presencia occidental como lo será en los libros de geografía del siglo XIX que acompañan y legitiman la expansión colonial. El desierto era entonces el anti-edén, al cual fue lanzado el hombre después del pecado original. Caos originario entregado al hombre para que con su sudor, lágrimas y trabajo lo transformara, espejo en el cual se ven y se miden los progresos del hombre en su regeneración. Pero también el desierto es para los patriarcas, sitio de afinación y predilección, allí el Pueblo de Dios tiene que transitar 40 años para su purificación, allí Moisés verá a Dios en un encuentro inaudito y recibirá las tablas de la ley.

Es cierto que también el desierto era la morada predilecta del demonio, pero es allí donde los padres del desierto, las primeras generaciones de eremitas cristianos, encuentran la felicidad, el paraíso, el triunfo sobre la carne y el mundo, pero tienen que ganárselo batallando contra terribles tentaciones. Es también de una muy alta montaña

escondida en el desierto desde donde el demonio vigila el universo, es a ese lugar, según el Nuevo Testamento, que el demonio trasladó a Cristo para tentarlo.

Pero también es en el desierto donde Juan el Bautista anuncia un progreso inminente y decisivo para el género humano y desde el centro mismo del imperio del demonio donde anuncia el fin de su reino.

Así, para los jesuitas el desierto es también el crisol de la santidad, una vez vencida la tentación del orgullo, abandonándose a la voluntad de Dios, el jesuita podrá domesticar como los padres del desierto a las fieras, a esos «bárbaros más feroces del orbe».

4. *Pérez de Ribas frente la guerra. Guerra necesaria y presidios*

Vigilante y heraldo del imperio, Pérez de Ribas sabe cuan efímeras pueden ser las conquistas sobre los espacios antiguamente dominados por el demonio. Para conservar el imperio que Dios entregó a su majestad católica por mandato de su vicario apostólico, y al pueblo español, el nuevo pueblo elegido, en estas lejanas tierras donde está en su clímax el enfrentamiento con las huestes demoníacas se necesita sobre todo poder contar fuerzas militares y con lugares seguros. Es por eso que el padre Pérez de Ribas en varios capítulos de su obra emprende una defensa sistemática de los presidios y de los soldados españoles.

Si bien reconoce que la conquista evangélica debe ser fundamentalmente una obra de paz, si hay tanto furor guerrero en su crónica, es que la situación local lo amerita. Si bien los soldados de Cristo no andan armados y van sin miedo, solos, o con un compañero por los montes y los desiertos, amparados en la protección divina, ¿qué hacer para proteger a las comunidades de neófitos quienes tocados por la gracia en paz y espontáneamente se juntan alrededor de los misioneros, cuando sus enemigos o renegados quieren destruirlas? Es evidente que la paternal responsabilidad del rey, que recibió su homenaje está en juego. El rey patrono de América debe defender las misiones, a sus fieles, así como al pequeño tejido de población española que lo acompañan. El mejor elemento de esta estrategia es el presidio. En el toda la grey cristiana, neófitos, misioneros y españoles encuentran refugio y salvedad protegidos por las armas de los soldados españoles. ¿Cómo perseguir a los perseguidores?, ¿«como dejar impune la insolencia de los enemigos del fe»? pregunta nuestro autor. Solo una tropa armada podrá perseguir a los perseguidores y así podrá reinar la paz en esas regiones.

Por otra parte y siempre en relación con su visión moral de la historia, el presidio, dice Pérez de Ribas, es también un lugar donde los indios que siempre han vivido «sin leyes ni sociedad política», aprendan lo que es la jerarquía, que vean un lugar donde reina la justicia, la obediencia y el orden. Por otra parte, apunta el jesuita, en los presidios los indios podrán ver en acción y aprenderán de los españoles con los buenos modales el respeto que se merece y se debe a los evangelizadores.

Por otro lado, los triunfos militares de los españoles, considerando su pequeño número, no se deben a la valentía y prudencia de esos soldados, sino que está claro

que es Dios quien los apoya en todo momento. Y si Dios apoya a esos soldados, es porque también apoya la creación de presidios. Soldados que Dios parece haber escogido para tales fines, de tan cristianos «esforzados y valerosos». Aunque a veces hay alguna que otra oveja negra que puede ser objeto de escándalo para los recién convertidos, pero esos eran una minoría, explica el buen jesuita.

Finalmente termina su defensa del presidio con un argumento financiero general que no se esperarí en un escrito de ese genero, pero que en aquella época debía estar siempre presente en las polémicas sobre la evangelización. Por su real patronato el tesoro real debía proporcionar los gastos para la evangelización, pero, ¿podría sufragar los costos del establecimiento de presidios en esas lejanas y aisladas regiones ?

La conclusión de Pérez de Ribas es bastante elegante. El rey ganaba de la conversión de tantas almas una gloria inmortal, pero no debía olvidar que Dios había sido bastante generoso con los españoles. Los españoles habían sacado muchas riquezas del nuevo orbe y si se quería seguir gozando de las riquezas americanas se necesitaba la paz y ésta sólo era posible a la sombra de los presidios, para asegurar el desarrollo de las futuras haciendas y la explotación y descubrimiento de nuevos reales de minas de las cuales había muchos índices.

Pérez de Ribas concluye finalmente que si la Divina Providencia interviene de manera tan clara y tan frecuente para dar la victoria a las armas españolas y proteger a los Padres y su obra de sus enemigos, no debemos confiar solamente en milagros para la defensa de la Fe en esas regiones. No debemos tentar a Dios, porque su benévola intervención la hace cuando El la juzga necesaria, y teniendo a mano los medios humanos de defender la evangelización, con los presidios, no se debe buscar lo extraordinario.

5. Pérez de Ribas frente al indio

Hereder de la tradición occidental y de la narrativa de los confines a la cual pertenece su obra, se observa en ella una disminución de la calidad humana de sus habitantes a medida que se alejan geográficamente del centro civilizado, de la ciudad española, o en su defecto, del presidio o la misión. En las crónicas de Nueva España del siglo XVI vemos que ya funcionaba ese eje descriptivo. En el Anahuac vivían los indios civilizados, en sociedad política jerarquizada, con formas urbanas complejas, división del trabajo, escritura, clero, etc., y más allá, empezaba, a las puertas mismas, el espacio de los chichimecas, enemigos de cualquier cultura. Así no todos los indios eran iguales y si algunos habían mutado radicalmente y eran ya criaturas de Dios, los del más allá eran y seguían siendo criaturas del demonio. La ferocidad descrita no obedece solo a una realidad observada por el testigo, sin razones que pertenecen al orden del discurso. En el caso de los yaquis, por ejemplo, la insistencia en la ferocidad casi absoluta es evidente, esa ferocidad corresponde a una necesidad que pertenece a la retórica del relato de evangelización, a mayor ferocidad mayor gloria para el evangelizador y si finalmente sólo es Dios quién permite y ordena esas mutaciones,

éstas muestran el favor especial de Dios hacia ese evangelizador. Por otra parte, es interesante apuntar la mutación repentina que el agua del bautismo puede lograr en esas almas bárbaras, violentas y sanguinarias. No es menos extraño ver cómo otras veces esos mansos borregos engañados por el demonio y sus secuaces pueden aullar de nuevo como lobos feroces. Todo pasa como si la descripción de los indios mansos, bautizados, más o menos sedentarizados, tuviera como función de dar cuenta y esforzar por contraste el salvajismo y la violencia de los demás. El superlativo repetitivo de los buenos se opone a la parquedad y monopolización de los malos, como si con ellos se alcanzara el límite de lo decible.

6. *los resultados de la evangelización*

El padre Pérez de Ribas, respondiendo a críticas que en la orden misma cuestionaban que la Compañía desperdiciara tantos recursos humanos y materiales en la conquista espiritual de esos bárbaros, cuando había tanto quehacer en Europa o en Asia, insiste en su relato sobre los éxitos de la evangelización logrados por lo padres en el Norte. Vale la pena examinar este balance de la acción misionera, expresado por un responsable jesuita. Para Pérez de Ribas hay un paralelo absoluto entre vida cristiana y «vida racional y de hombre», aún más, faltando lo cristiano falta todo lo demás; sin el bautismo no hay hombres posibles sino bestias e infrahumanos. Nuestro jesuita está muy orgulloso de la «brillante» obra realizada. La nación yaquí «aún más maleada que otras y obscurecida en costumbres y vicios gentilicios[...] se ha mejorado en gran parte en lo moral y político». Pero, ¿en qué se mejoró?, —podría preguntar el lector— a lo que el soldado de Cristo responde, «gobiernanse ya todos sus pueblos por gobernadores, alcaldes, fiscales de Iglesia y otros ministros de justicia de su misma nación, con orden, sujeción y obediencia»⁴. Por fin los yaquis viven en sociedad política, ya se acabó la anarquía, los caciques habían sido incapaces de imponerse, «estos caciques (que) no tienen autoridad con sus gentes para castigar en ellos delitos que cometen»⁵.

Si la figura del cacique aparece periódicamente en la obra, como amigo o como enemigo, jamás sabremos cómo esas personas estructuran el campo político en aquellos grupos. En ningún momento menciona las complejas relaciones políticas entre las rancherías, ni entre los diferentes grupos, ni tampoco en cómo se volvían caciques, o sobre su democrática proximidad con la base, «todos son labradores», constata el autor. Los pocos elementos que podríamos recoger de su testimonio no nos permiten construir una antropología política de los yaquis de antes de. Lo que interesa al padre jesuita es resaltar el buen funcionamiento de la nueva organización política de los pueblos yaquis. Las autoridades, los caciques, cuyo poder había sido hasta esa fecha limitado y controlado por el grupo, ya no son elegidos por él según sus reglas culturales

⁴ *Ibidem.*, p. 339.

⁵ *Ibidem.*, p. 319.

propias. Al contrario, «las unas son puestas por el capitán, las otras fiscales de Iglesia, por el ministro de doctrina»⁶. Nada extraño que estos tiendan a separarse de su grupo, su función ya no es la de servir al grupo, sino que tienen el «cargo de avisar al padre de todo lo que pertenece a la Iglesia», de acompañarlo en el pueblo o a otros pueblos, si fuera necesario, pero también de, «darle aviso si se ofrece pecado público o escandaloso contra la ley y costumbres cristianas»⁷. En lo civil esas autoridades juegan el mismo papel con el Capitán. Así no hay duda de que el orden reina en esos pueblos, pero es un orden extranjero que obedecerá a una lógica colonial.

La lógica espacial de los asentamientos también está radicalmente transformada, «los pueblos están dispuestos en muy buena forma, sin quedar ya un solo asiento vivo en sus sementeras, ni rancherías antiguas». El padre Pérez de Ribas es testigo de lo duro que fue para los yaquis dejar sus lugares para concentrarse en pueblos, pero eso era necesario y es pensado como una auténtica ruptura con la tradición cultural anterior.

La cristianización y el contacto con los españoles imponen nuevos modelos de comportamiento y de identidad: muchos yaquis utilizan caballos que les fueron regalados por el Capitán como premio a su fidelidad y apoyo al sometimiento de otros grupos. Los que posteriormente deseara poseer uno tendrá que comprarlo y para ello deberá apropiarse de más tierras y obtener un excedente intercambiable con los españoles que llegan a sus pueblos para «rescatar productos de la tierra». Así la rica tierra yaqui se volverá el centro de un próspero comercio. Por otra parte, el odio del cristianismo al cuerpo desnudo, como las marcas de diferenciación en el vestir de la sociedad españolizada impulsará a los yaquis a sembrar más algodón. Para satisfacer las nuevas necesidades del cuerpo vestido, los padres habían introducido ovejas, pero esto se revela insuficiente para las necesidades, y «por ganar un vestido y más porque sea algo galano, dejan sus tierras y sus mujeres y salen a veces cincuenta y más leguas de la provincia a buscarlo con su trabajo»⁸.

Es así como nuestros guerrero-labradores yaquis independientes y orgullosos, ellos, que hablaban fuerte incluso en presencia de los padres, se van a «los reales de minas donde los jornales son más crecidos» y poco a poco, «e hacen a la vida entre españoles y quedan con ellos». Es así como la nación yaqui, la más belicosa, según el padre Pérez de Ribas, cristianizada, hispanizada, no es más que la sombra de lo que fue. La población está en franca disminución, el incremento de los contactos con los españoles multiplica las epidemias y así, la antigua cultura yaqui a escasos años de la reducción, empieza una larga agonía.

Angustias y ascunción de un guardián del imperio

Es en la defensa de la grandeza de las tareas apostólicas que se desarrollan en las misiones, escrita sin duda para confortar el ánimo de los jóvenes jesuitas, en donde

⁶ *Ibidem.*, p. 339.

⁷ *Ibidem.*, p. 339.

⁸ PÉREZ DE RIBAS. *Op. cit.*, p. 339.

afloran algunas de las angustias de esos vigilantes del imperio. ¿Tiene sentido estar tan lejos, entre naciones tan bárbaras, donde a cada momento se arriesga la vida ?

¿Qué pasaría si un padre jesuita fuera asesinado malévolamente, sería un crimen ordinario, equivalente a la muerte de un hombre cualquiera, o la muerte gloriosa del martirio?

«Porque harto triste caso fuera que, después de haberse desterrado un religioso de su patria, de conocidos y amigos y de la dulce compañía de sus hermanos y peregrinando en tantos caminos y trabajos de mar y tierra sin otras innumerables fatigas. Que todo eso viniera a parar en morir a manos de un bárbaro como muere el venado o la fiera del campo»⁹.

Para el padre Pérez de Ribas está claro que si morir por Cristo era para un misionero casi un deber, la manera en como se moría en ese siglo XVII era algo muy importante. El espectáculo que el hombre se presenta a sí mismo y al mundo en el momento último, va mucho más allá del hecho material de morir, y el relato posterior que será hecho de él puede magnificar o casi borrar el hecho: la muerte del héroe como apoteosis discursiva, el silencio construido sobre la muerte del traidor como aniquilamiento del sujeto.

Así pues la muerte de un padre jesuita no puede jamás ser un mero accidente: que muera de muerte violenta a manos de un bárbaro enemigo, descalabrándose en el monte, o de viejo ganando almas para Cristo. En primer lugar, como lo explica Pérez de Ribas, si la Iglesia reconoce las palmas del martirio a los que mueren cuidando enfermos en las grandes epidemias europeas, tanto más las reconocerá a los que han pasado por tantas penas para poder llegar a las misiones y lograr evangelizar bárbaros en medio de tantos peligros. No hay duda de que su muerte será gloriosa. Por otra parte, tampoco hay ninguna duda de que estos fallecimientos de los padres sean accidentales, sino el resultado del «Gran Enfrentamiento», que fue «muy pensado y tratado con sus diabólicos conciliábulos de hechiceros que instigados del demonio se oponen y persiguen a nuestra santa y divina ley».

Los jóvenes predicadores que deseen dedicarse a las misiones no deben temer, las palmas del martirio serán sin duda su recompensa, con o sin muerte violenta.

Pero esta esperanza en una recompensa en la otra vida, no impide a los evangelizadores el sentirse irremediable y dramáticamente solos en medio de su ovejas; la obra de Pérez de Ribas es atravesada por un sentimiento desesperado de lejanía y de incompreensión frente a estos bárbaros.

A primera vista parecería como poco digno de un sacerdote, de un ungido del señor, el deber de vivir en tales condiciones paupérrimas, sin ninguno de los beneficios y socorros de la vida en sociedad. Pérez de Ribas ofrece como un ideal de superación de estas carencias, cierto, todo falta en estas misiones, nada de «trato y conversación humana», nada de libros ni medicinas, nada de alimentos sazonados, sino siempre los mismos nutrimentos insípidos y groseros, vivir en jacales o al descampado, etc., todo

⁹ *Ibidem.*, p. 415.

esto es cierto, afirma, pero esto no tiene nada humillante, sino todo lo contrario, porque era para el servicio divino. Superar esas carencias, aceptar con humildad vivir en esas condiciones inhumanas, «aquilata» la vida del evangelizador y «le adquiere sublimes méritos».

A manera de conclusión

Para concluir nos gustaría mencionar brevemente, cómo, a pesar de estar viviendo en medio de sus indios durante años, tenemos la impresión de que estos padres no solamente se encuentran en parajes desérticos, sino que la soledad moral que invade a estos soldados, es casi absoluta. El relato del Padre Pérez de Ribas sugiere un sentimiento desesperado de extrañeza y lejanía frente a estos bárbaros, aún cristianizados.

Pero es sólo sublimando esas carencias y esa soledad como el evangelizador atesora las palmas celestes. Porque si no, se pregunta:

«¿Qué sentido tendría el dejar sus colegios, trocar su vivienda y compañía para ir a vivir con tan agrestes indios buscando aquesta gente inhumana en asperísimos caminos? ¿Qué los empujaría a vivir de raíces y frutas silvestres, expuestos a las inclemencias del cielo, sin reparo de casa para el frío, ni contra los ardientísimos calores del sol, y durmiendo a misma una tierra llena de sabandijas ponzoñosas y víboras? ¿Qué otro motivo permite soportar esto?, sino un ardientísimo amor a Cristo y bien de estas almas»¹⁰.

Bibliografía

DE ACOSTA, Joseph, *Historia natural y moral de las Indias...* México: Fondo de Cultura Económica, 1940, Libro V.

MORENO TOSCANO, Alejandra. «El siglo de la Conquista» en *Historia de México*, T.I México: Colmex, 1982.

PÉREZ DE RIBAS, Andrés S.J., *Historia de los Triumphos de Nuestra Santa Fe entre gentes las más bárbaras y fieras del nuevo orbe*. Madrid: 1645.

¹⁰ PÉREZ DE RIBAS. *Op. cit.*, p. 419.